







La Fea Burguesia
— EDICIONES —

M^a JOSÉ SEVILLA GARCÍA

**QUERIDA PRINCESA
BIBESCO**



La Fea Burguesía
— EDICIONES —

MURCIA, 2021

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.
Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un olivo
(*Olea europaea*) en el paraje de el Estrecho de la Encarnación
en Caravaca (Murcia)



“Querida princesa Bibesco”
© M^a José Sevilla García, 2021
© La Fea Burguesía Ediciones, 2021
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.
www.lafeaburguesia.es

Diseño cubierta y maquetación:
Gloria López Corbalán
Fotografía autora:
Carmen Martínez Marín

Primera edición: agosto de 2021

ISBN: 978 84 123954 1 9
Depósito legal: MU 755-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra

A ti, siempre

ÍNDICE

Elizabeth (Libby, Liza).....	13
Priscilla	35
Mogosoia	47
José Antonio	55
Mircea	95
Antoine	101
Margot	115
Violet	135
Marcel	149
HH	161
Puff	187
Epílogo	203





QUERIDA PRINCESA
BIBESCO

Elizabeth (Libby, Liza)



—¿Cómo se encuentra hoy Princesa? —pregunta inclinado ligeramente sobre mi cama.

—Algo peor que ayer, —le digo sin apenas mirarlo, a pesar de mis ansias por tenerlo cerca, avergonzada por mi aspecto, temiendo que el aire de la habitación esté enrarecido. Ha venido muy temprano y aún estoy sin asear a esta hora de la mañana, embutida entre cobertores y mantas y aburrida hasta casi la desesperación, después de una noche de insomnio, sin confianza de mejoría.

Quisiera tener ánimo suficiente para recostarme con indolencia en el canapé junto a la ventana, buscando la templanza de algún triste rayo de sol, observando las escasas idas y venidas entre el portón del jardín y la entrada principal de la vivienda, escandalizar a las visitas formales bebiendo un vasito de Jerez lentamente, costumbre que hice mía en España, con uno de mis camisones de tul como único atuendo y esconder las líneas del cuello que son cada vez más profundas con mi bufanda de seda malva, regalo de Antoine en su deseo continuado de poner en mi vida ese “color de alba” favorito de Marcel. En definitiva, mostrar la apariencia frívola y superficial con la que se me ha etiquetado durante la mayor parte de mi vida. Dar lugar a la crítica de esta rancia familia a la que pertenezco por matrimonio. Y

si ahondo en mis sentimientos, lo que en el fondo pretendo es saberme deseada. Pero ahora mi abatimiento absoluto me impide salir de la cama. Parece como si en vez de vivir sólo pudiera pensar la vida.

—Querida, —me explica mi marido desde el dintel de la puerta con voz meliflua y algo sibilina, sin siquiera acercarse, en uno de los pocos momentos que me dedica durante el día— queda perfecto el contraste de tus ropas con tus maravillosas mejillas rosadas.

—Artificiales, —le falta siempre decir— porque contrariamente a mis continuas negativas, ya que me gustaría seguir convencida de que mis pómulos siguen siendo tan hermosos y dignos de admiración como lo fueron en otro tiempo sin ayuda de aceites. Odette, siempre servicial, silente y seria al menos en mi presencia, se empeña cada mañana en colorearme la cara, peinarme suavemente el cabello que hasta ahora era abundante y ya escasea, masajear mis manos arrugadas con aceites olorosos y añadir todos los afeites posibles para que mi triste aspecto mejore.

Mi cara está ardiente, pero tengo frío de invierno, demasiado helor almacenado en cuerpo y alma. Es necesario ventilar de vez en cuando la habitación, y la temperatura no se recupera en el dormitorio donde este inoportuno catarro me tiene confinada. A falta de calor humano, me ayudo de vez en cuando con una copa de coñac, porque no parece suficiente la enorme estufa cerámica que caldea la estancia ni la manta escocesa de cashmere que, además de envolverme prieta como un sudario, me devuelve a mi cuna materna, aunque sus colores rosados y lilas no correspondan al tartán de la familia, sino al gusto de mi marido que la adquirió en París. Aun así, he

tenido que cambiar la insinuante bata de crespón de China por una de terciopelo púrpura cerrada hasta el cuello sobre el camisón de Holanda, ocultando el magnífico encaje Valenciennes que lo adorna, y si no estuviera fuera de tono y lugar pediría mis cibelinas para cubrirme con ellas como hice tantas veces en el Orient Express durante los viajes de vuelta a mi país de adopción.

Aunque por el ambiente cálido que suministraban las calderas lo considerara innecesario, en demasiadas ocasiones el paisaje nevado a través de los cristales proporcionaba tal sensación de frío que las pieles parecían indispensables en mi *atrezzo* diario a la hora de abandonar el *vagon lit* para comer o cenar, ante la orgullosa mirada de Antoine, siempre pendiente del brillo que yo pudiera proporcionarle.

—Todos te admiran, todos me envidian, Elizabeth.

A pesar de que por motivos de seguridad no era conveniente ni a mí me gustaba viajar con las piezas más importantes, que quedaban a buen recaudo en nuestra casa de París, él ponía especial interés en la ostentación de mis alhajas mostrándome como un triunfo personal nada más cruzar la frontera de Rumanía.

—Querida, pierdes una buena ocasión de lucir la tiara con los cabujones de esmeraldas.

Como si quisiera compensar lo que él consideraba sobriedad en mi atuendo y para que no quedara duda acerca de nuestra posición social, empezaba casi de inmediato a alardear de las posesiones de su familia, que ciertamente atravesábamos, dando un punto de exageración territorial manifiesta ante los viajeros que coincidían con nosotros en el restaurante a la hora de comer y alargando el refrigerio con su discurso, a pesar del aburrimiento cortés de la con-

currencia que iba levantándose discretamente abandonando el estrecho espacio compartido con la excusa del descanso necesario para una buena digestión.

—Problemas de dispepsia de mi esposa, discúlpennos, —justificaba alguno de los comensales.

—Olvidé la medicación en mi departamento. No debo avisar a mi ayuda de cámara puesto que aún no habrá terminado de comer, —argumentaba un duque entrado en años.

—Felizmente coincidiremos a la hora del té, pero he de retirarme ahora, mi médico me aconseja elevar las piernas después de almorzar, —explicaba una elegante, aunque oronda princesa centroeuropea.

Pretextos para el abandono que en cierto modo aliviaban la desesperación del *maître* que debía ordenar a los camareros la preparación de las mesas para la cena.

—Nuestro viaje finaliza en Bucarest, —seguía parlotando inmisericorde—. Allí nos espera nuestro chófer. Mogosoia, el palacio familiar a donde nos dirigimos, se encuentra apenas a quince kilómetros —aclaraba a quien quisiera oírle—. Una pena que no pueda mostrarles el resto de las tierras. Este tren tarda un día completo en atravesarlas.

Mientras él se esforzaba en mantener un aire principesco, enjuiciando la situación política europea, engolando la voz, arrastrando las sílabas y saltando del francés al inglés con soltura de hombre experimentado en el tema, obviando en demasiadas ocasiones su condición diplomática, yo jugaba con mi encantadora y siempre adorada sonrisa, hablaba locuazmente de cualquier tema frívolo e intentaba atenuar el alcance de sus rigurosas opiniones entre mis admiradores la mayoría de los cuales estaban más pendientes de mí que de mi marido, enmasca-

rando su falta de tacto, al no tener en cuenta ni la ideología ni la etnia de los presentes, un amplio abanico que iba desde aristócratas franceses a banqueros alemanes pasando por nobles otomanos. En esos momentos, Antoine olvidaba su situación de viajero entre dos mundos y de ser representante del arte infinito de la negociación y se posicionaba ideológicamente sin pudor de ningún tipo.

—No se pueden dar dos pasos sin encontrar un judío. —Era su frase comodín cuando consideraba que perdía audiencia. De inmediato ante la trascendencia del asunto sobre el que todos los viajeros deseaban opinar, incluso alguno retornaba a la mesa, porque los juicios a favor o en contra hacían saltar la chispa del debate y como consecuencia inmediata la reanudación de la tertulia.

Ahora, lejano el tiempo de los viajes tranquilos y felices, asolada Europa por lágrimas y guerra, no puedo sentir en el aire la que será quizá mi última primavera que se va abriendo camino a duras penas en el jardín francés. Tiene tan pocas ganas de instalarse y el sol es tan débil, que he renunciado a buscar con la mirada los brotes que presagian el esplendor de los macizos de rosas, preguntándome una y otra vez si volveré a ver las gencianas o las campanillas tiñendo la umbría de morado, mientras siento que mis manos a la vez que heladas están constantemente húmedas de sudor.

En ese tiritar continuo, apenas me atrevo a salir de la cama a pesar de las recomendaciones que el doctor me hace diariamente en su visita.

—Debe incorporarse señora, de ese modo expulsará las flemas con mayor facilidad, —es su cantinella cotidiana mientras me examina y lo observo por momentos más azorado de lo que corresponde a su

experiencia profesional mientras pide a Odette que le ayude a destapar mi espalda para auscultarme.

Obedezco sus instrucciones como una niña, temblando de miedo por si mientras busca quejidos en mi pecho, descubra que ya no soy una mujer apetecible, entre otras razones porque la piel de naranja empieza a ser una constante en mí, la obligada ausencia de sostenes y fajas mientras guardo cama pone en evidencia mis senos caídos y mi vientre flácido, el exceso de reposo ha hinchado mis tobillos aún más, el uso continuado del propóleo ha amarilleado mis dientes y que posiblemente muy a mi pesar, mi aliento huelga a alcohol a esta hora de la mañana.

Sospechando dolorosamente además que, en la intimidad que les proporciona a ambos desnudar mi cuerpo enfermo, este hombre, aún joven y en aparente plenitud física a pesar de su extrema delgadez, compare con el de la muchacha que le asiste y haya algún roce furtivo entre ellos, alguna confianza gestual mientras quedan a mi espalda. Por eso busco cualquier excusa para que Odette esté a mi vista cuando el rabillo del ojo no parece suficiente vigilancia. Sólo alivio mi tensión advirtiéndole con habla ahogada de tiritona y mocos, de necesidades tan inmediatas como triviales para controlar sus movimientos.

—Siento frío, extiende un poco más el edredón.

—Mi boca está seca. Acércame el agua.

—Parece que ha caído una hojita seca del búcaro. Recógela.

No puedo soportar la idea de miradas cómplices entre ellos, ni de contactos silenciosos aprovechando mi posición vulnerable.

—*Calme, Princesse. C'est juste a moment!* —repite en francés el médico una y otra vez en frase aprendi-

da con dudosa pronunciación y extraño acento en un esfuerzo litúrgico y cortés de comunicación deseada por él y ansiada por mí, aunque no siempre conseguida mientras coloca el fonendo en mi espalda.

Anhelo con toda mi alma la llegada diaria de este personaje alto y huesudo, de mandíbula fuerte y sin sonrisa al que no pongo paisaje porque solo lo enmarco en esta habitación, extremadamente educado, parco en palabras y gestos, que parece ser el único que está pendiente de mí y del que no tengo otras referencias que las que traje la primera vez que se presentó, escritas de puño y letra por mi amigo Forrel, con el que no me he podido comunicar telefónicamente para comentarlas.

He querido hablar con usted. Pero he esperado dos horas en vano... la telefonista me dice: "Su comunicación no ha sido autorizada, lo siento señor, buenas tardes". ¡Tan simpática y compasiva! Ha debido pensar: un asunto de corazón...

... El colega portador de esta carta goza de toda mi confianza y conozco su valía profesional, así como sus valores humanos. En el desgraciado caso de enfermedad le ruego encarecidamente que utilice sus servicios.

Su estancia es breve, como si tuviera muchas obligaciones profesionales y los pacientes hicieran cola en su consulta, aunque por el aspecto de sus ropas no debe nadar en la abundancia. Siempre el mismo traje raído demasiado grande en su cuerpo y liviano para la estación, casi transparente la chaqueta en los codos, los puños de la camisa deshilachados, la corbata de color indefinido, los zapatos desgastados

en tacón y puntera. En la solapa harapienta siempre lleva una *nomeolvides* aún fresca, puesta de moda como insignia hace unos años por los nazis en una de sus colectas con el fin recaudar fondos para la causa, aunque no creo que este hombre pertenezca a ellos, si fuera así no llevaría encima tanta penuria.

¿Se trata de dar algún tipo de señal para alguien del servicio? ¿Es posible que sea Odette la destinataria? No es cuestión de preguntar, a no ser que llegue un momento, difícil por lo que intuyo, en el que la confianza se instale en nuestros encuentros diarios. Posiblemente recoja esta flor silvestre y bellísima junto al camino de acceso a la casa. Si la trajera desde lejos habría llegado marchita, de todos es conocido lo efímero de su lozanía. ¿Por qué esta flor y no una violeta, un junquillo, un narciso de las nieves, o cualquier otra de las que seguro ya han brotado en el jardín?

Jamás le he visto con abrigo. Si lo tiene, cosa que dudo, es posible que se lo recoja algún sirviente antes de entrar a visitarme. Igual mi doncella es la encargada de hacer ese ritual cotidiano y mantienen un fugaz encuentro previo. Estará pendiente de la llegada de esta persona para que ningún otro criado le impida este primer contacto. Tendré que avisarle de que sus funciones son exclusivamente las que se refieren a mi asistencia personal, y que no debe abandonarlas por atender a la puerta de entrada. Hay otros encargados de hacerlo.

En cuanto a este hombre, únicamente el maletín impecable de piel marrón lo identifica como doctor. Un cabás que adivino escaso de material por la ligereza con que lo transporta y añade un nuevo enigma a la situación vital de su dueño. Un objeto que vendido en el mercado negro valdría para adquirir ropa

y alimentos que seguro necesita, pero que es demasiado importante para él. ¿Regalo de alguien muy querido? ¿Acaso una mujer? ¿Herencia de un colega judío obligado a abandonar su profesión?

Se despidió con una leve inclinación de cabeza.

—*Á demain*, —susurra.

Por suerte para mis elucubraciones Odette no se ausenta para despedirlo. Supongo que por lo que tardo en escuchar el cierre de la puerta que anuncia su marcha busca con ayuda de un criado a Antoine para informarle de mi estado. O no. Con toda seguridad solo desea encontrarlo para cobrar el acto médico realizado que pueda escasamente cubrir sus necesidades diarias de sustento y a mi marido no le interesa demasiado mi salud y anda en otras ocupaciones aquí o en la ciudad, a pesar de que los viajes a Bucarest se han reducido tras el destrozo causado en el Athenée Palace por el bombardeo de los aliados que ha dejado a escritores, gigolós, oficiales de la Gestapo, periodistas, miembros del cuerpo diplomático, espías y cortesanas sin un espacio físico para reunirse e intrigar. De hecho Mircea, nuestro chófer, tiene tan escasas obligaciones que se está ocupando de ayudar al jardinero y cualquier otro trabajo doméstico en que se le precise, incluido el acompañamiento a las visitas desde la puerta del *palazzo* a la pesada cancela del jardín.

—No me importa hacerlo señora, créame. Son tiempos difíciles para todos y yo me encuentro bien allí donde ustedes me necesiten.

Desprovisto de su lustroso uniforme, incómodo para realizar determinadas faenas, excepto cuando se pone al volante, lo observo desde mi ventana cuando tengo ánimo para hacerlo y no ha perdido un ápice de su elegancia natural más propia de alta

cuna que del origen supuesto a un asalariado. Posiblemente el roce diario con la aristocracia haya contribuido a forjar esa distinción que ya parece innata.

Volviendo al médico. Me da la impresión de que es muy probable que este hombre haya de esperar al menos hasta mañana para recibir sus honorarios de miseria. O quizá su tardanza en abandonar la casa se deba a que algún alma caritativa lo acompañe a la cocina para que tome una taza de caldo, si no denso por la escasez de carne que padecemos, al menos caliente.

Tras su marcha, la muchacha, posiblemente ajena al conflicto que me genera la presencia del visitante, además de estar al tanto de que no falte nunca en mi mesita la infusión hirviente de semillas de mastuerzo y miel, arregla con diligencia almohadas y dispone recargados cojines orientales que recojan mi espalda y eleven mi cabeza para aportar algo de dignidad a la postración de mi cuerpo.

—¡Qué gran idea traernos a esta chica desde París! —comenta Antoine cada vez que tiene ocasión, mientras observa atentamente sus habilidades corporales y se muerde los labios con morbosa y delicada provocación.

Un gesto que en otro tiempo me alertaba de sus necesidades inmediatas, que me ponía en disposición de complacerlas o rechazarlas con idéntica tensión y pasión y ahora me aburre. Algo tan cotidiano, doméstico y rutinario que ha perdido lo que pudo tener de sensual y excitante en algún momento de nuestras vidas.

—Una gran idea querido —le confirmo sin fijarme siquiera en la expresión obscena de su mirada.

Ante mi indiferencia absoluta se acerca a la criada y levanta su barbilla bruscamente.

—¡Mírame! —le ordena—. Con esa nariz y ese pelo rojizo estoy seguro de que Halévy hubiera cambiado el nombre de Rachel por el tuyo si te hubiera conocido y ahora serías protagonista de su ópera. *Odette quand du Seigneur* ¿Estás segura de que no eres judía? —pregunta desde la superioridad que le concede su posición social de dueño y señor temporal de Mogosoia y el bagaje cultural adquirido en los salones parisinos de su madre.

Y de repente advierto una cierta complicidad entre ellos cuando la chica entorna los ojos y en vez de sentirse humillada en su condición de sirvienta, eleva la frente con rotunda dignidad y arranca con fuerza el aria de *La Juive*. Un instante después calla no sé si temerosa por lo que parece inoportuno desacato cometido al demostrar unos conocimientos musicales equivalentes a los del amo que el escucha embelesado o estremecida por el pánico que causa el antisemitismo que pesa como una losa no sólo en nuestro entorno sino en el país, y de inmediato sale despavorida de la habitación. Antoine suelta una carcajada casi grotesca y abandona el dormitorio precipitadamente con justificación innecesaria.

—Disculpa querida. Olvidé que tengo que repasar con urgencia unas notas en el despacho. Vuelvo en unos minutos.

Conozco sobradamente esa excusa casi pueril que ya apenas me importa. En su prisa olvida cerrar la puerta y a pesar del aire casi gélido que entra desde la escalera, me parece inútil tocar la campanilla para que Odette venga a cerrarla. Posiblemente anda en el cuarto de la ropa, acorralada entre canastos en otras faenas que nada tienen que ver con sus obligaciones de sirvienta y de las que se libraría en el caso de ser vieja y fea.

A veces me pregunto sin demasiado interés como ha llegado esta muchacha a nuestras vidas. Antoine me comentó cuando apareció con ella que era alsaciana, parienta lejana de Marcel por parte de madre, y que uno de sus amigos, no recuerdo quién, posiblemente ni me lo dijo, la recomendó como persona de confianza en su último viaje a París antes de establecernos definitivamente aquí. Igual no es así y la conoció en algún cabaret o casa de citas, se encaprichó de ella y decidió traerla e instalarla como doncella para disfrutarla a su conveniencia. No sé si es judía o no. Tanto si lo es como en caso contrario, él se vanagloriará en el momento oportuno de que no solo anduvo salvando vidas durante la guerra, sino que puso a mi exclusivo servicio a una mujer joven y ciertamente refinada, en comparación con las campesinas burdas y ordinarias que se incorporaban a nuestro servicio y que apenas valían como fregatrices, obviando de cara a la galería que su intención era gozarla a su capricho sin esfuerzo de escapadas domésticas que en estos momentos de confusión pueden entrañar peligro.

¿Para qué indagar más sobre su pasado? En este tiempo oscuro mejor es no saber nada, aunque los rumores apuntan a que deben quedar pocos israelitas en Centro Europa. Hitler ha querido convencer al mundo civilizado de que únicamente sus planes han sido y son de “evacuación” y “reasantamiento”. Mucho me temo que lo ha conseguido. Esta falta de noticias, este aislamiento maldito, en el que en demasiadas ocasiones ni siquiera la Cruz Roja ha podido romper el cerco para entregar la correspondencia y la prensa extranjera, me hace pensar que cuando termine todo habrá demasiados muertos en nuestras conciencias. No sé si sobreviviré para entonces. En

cualquier caso, y volviendo a Odette, la gente tiene derecho a huir de la guerra y sus consecuencias tanto su origen personal sea de convento o de burdel. Al menos su vida ahora está libre del conflicto, aunque esas manos no parezcan acostumbradas a retirar platos sucios ni orinales malolientes. Posiblemente tuvo una madre o una criada que le evitaron esta faena hasta que entró a nuestro servicio.

Rodeada de cartas añejas que me mantienen el recuerdo cada vez más desvaído y la añoranza profunda de los que me querían, y no tengo cerca, parece como si yo misma me fuera borrando como la tinta con la que me expresaron sus sentimientos.

... ¿No ha recibido mi última carta? ¿No será que me ha respondido y su carta no ha podido franquear la barricada de la intromisión del estado en nuestra vida privada? ¿Es posible que haya sido interceptada por la cruz gamada? La respuesta me interesaría mucho...

... Debes haber recibido tres telegramas. El tuyo desde Bucarest llegó ayer viernes y causó preocupación. Tu carta ha llegado con quince días de retraso... por supuesto hemos intentado telefonar.

En la desesperada espera de novedades que tardan demasiado en llegar, no tengo hora precisa de recibir. Este *palazzo*, mezcla de estilo veneciano y otomano, prestado generosamente por Marthe, la prima de mi marido, y respetado hasta ahora por las autoridades, no es una rígida embajada en la que exista un protocolo cerrado para no crear inoportunos roces diplomáticos de relación, de modo que no

hay agenda ni secretario que la organice, las puertas están abiertas y dispongo de todo el día para las visitas, aunque muy a mi pesar ahora éstas son reducidas y tristes.

No estamos incomunicados con Bucarest, pero además de que la escasez de gasolina impuesta por los alemanes haga que circulen pocos vehículos, y los carruajes sean un artículo de lujo difícil de mantener en estos tiempos en los que hasta el forraje de los caballos puede valer de alimento a los menesterosos, no somos tan importantes como para que las pocas amistades protocolarias o de conveniencia que aún permanecen en la ciudad se esfuercen en desplazarse hasta aquí para saludarnos o interesarse por mi salud. Lejos quedan ya las recepciones, las fiestas y las herméticas conspiraciones políticas en su imponente salón con el pavimento de oro que llegó a denominarse entre ministros y diplomáticos como la Segunda Liga de Naciones. Demasiada pobreza y amargura a nuestro alrededor. El rechazo llega en ocasiones disfrazado de cortesía.

... Sentimos mucho comunicarle que con toda seguridad no podremos visitarla. Tal y como están las cosas debemos permanecer en Sinaia, a pesar de que aquí no tengamos una anfitriona tan encantadora como usted ni unas flores tan bellas como las que nos describe... Esperamos que nos haga saber si en algún momento vienen a algún lugar cercano. Nos encantaría verla y agradecerle personalmente su amable invitación y buenos deseos.

Únicamente viejas y reseca Bibesco cuya cercanía de apellidos ni me molesto en conocer, tienen

acceso libre a mi dormitorio mientras sus maridos o los acompañantes solteros esperan abajo en un saloncito que, a pesar de la ventilación diaria, seguro que apesta a tabaco turco y a coñac. Aunque la literatura romántica pretenda convencernos de lo contrario, y el amor de Armando por Margarita Gautier en *La dama de las camelias* sirva de modelo al mito, las mujeres enfermas nunca han sido asunto de hombres. No sueñan con seducirnos, no ambicionan conquistarnos, no codician poseernos. Sólo los médicos parecen ser capaces de encontrar algún tipo de atractivo insano en nuestra apariencia externa maltrecha y devastada o en nuestra mente trastornada por la conciencia de desamparo. Y a ellos no se les puede pedir el abrazo necesario para combatir la tristeza y el frío del alma. ¿O sí?

Ya tengo la experiencia de otras ocasiones mucho menos graves en las que he tenido que guardar cama. Un pequeño enfriamiento o simplemente la menstruación le han bastado a Antoine para pedir al ayuda de cámara que traslade su ropa de dormir y objetos personales de aseo a otro dormitorio de la casa, a ser posible alejado de donde yo me encuentro. Aunque siempre hay unas frases recurrentes e innecesarias desde hace años, casi al inicio de nuestro matrimonio:

—Prefiero no molestar.

—Estarás tranquila sin mis ronquidos.

—Mañana he de levantarme muy temprano, un compromiso a primera hora...

En el fondo él y yo sabemos que son coartadas para olvidar durante unos días con sus correspondientes noches aburridas obligaciones maritales y posibilitar el escarceo con alguna doncella del servicio

o amiguita traída de la calle por la entrada trasera, sin necesidad de justificar ausencias de madrugada.

De tarde en tarde, Odette abre cuidadosamente la puerta entornada tras pedir un permiso innecesario, dando paso a un pequeño grupo de aburridas parientes recién llegadas que susurran un saludo rutinario e inaudible, supongo que en rumano.

Pocas veces contesto. Me despierta desagradablemente de mi letargo la pesadez de los caros perfumes de ámbar en los que parecen bañarse antes de visitarme, superpuestos al olor rancio de su ropa, que ahogan de inmediato el discreto aroma de las raquíicas flores de invierno de mi habitación.

No abro siquiera los ojos. ¿Para qué fingir un gesto de bienvenida o de agradecimiento por el encuentro forzado que no necesito ni deseo? A pesar de que si conociera mis modales mi madre me reprendería, siempre pendiente de mi comportamiento en sociedad, no me siento obligada en mis actuales circunstancias a hacer siquiera un ademán cortés.

Se acercan discretamente al lecho, me observan despaciosamente si les parezco dormitando, mientras se congratulan entre ellas, cambiando compasivas miradas, por seguir tan estiradas y dignas en su vejez, con el adorno incuestionable de la cinta de raso sujetando su marchita papada y se sientan resoplando bajo sus velos y tocas, agotadas por la subida de la interminable escalera, en el rincón más alejado del lugar donde descanso y siempre procurando que no les llegue ni mi aire ni mi tos, porque no tienen muy claro si la enfermedad es contagiosa, en cuyo caso van a ser ellas las siguientes en adquirir la obligación de abandonar este mundo.

A pesar de los años que llevo casada, adaptando mis costumbres al lugar donde me ha tocado vivir

en cada momento, arrastrando con mayor o menor interés su apellido y su pretencioso título de salón en salón por legaciones y cortes, y dándole lustre, “oficiando de sol” que diría Marcel, no me consideran perteneciente a la familia. No soy de su estirpe, sino algo exótico, uno de los caprichos de Antoine, conquistado legalmente, refrendado con todas las bendiciones al otro lado del mar, y traído a este país como uno de sus numerosos triunfos diplomáticos y amorosos, una vez investigada mi limpieza de sangre.

Aunque en el amor y en los negocios la corona rumana se haya acercado impudicamente a los judíos, este pueblo, como el mío, es antisemita desde hace décadas, no ha necesitado empaparse de la propaganda de Hitler. Seguro que, si hubiera pertenecido a la rama inglesa de los banqueros Rosthchild o los Cohen, las Bibesco no habrían buscado con lupa en mi genealogía.

Para ellas he sido siempre una delicada y estúpida extranjera en tiempos de paz, sosa, triste, casi libertaria en su modo de vida, que ha pretendido traer aire fresco y no ha conseguido integrarse en sus costumbres, difícil de entender e incómoda en esta guerra que nos destroza y en la que hemos sido enemigos temporales a los que afortunadamente han tolerado por el quién sabe lo que puede pasar, y que ahora les debe servir para tender puentes con los aliados.

Si bien no he sido la primera mujer inglesa en cruzar la sutil línea divisoria que separa inmaterialmente el Este y el Oeste, ya que hace más de veinte años la princesa María se casó con Ferdinand, el heredero del trono rumano, yo añado además de mi defecto de extranjería, consentido y propiciado por la necesidad de las familias nobles del país de crear

lazos con cortes europeas, la incapacidad de traer un varón al mundo que perpetúe el apellido, y parir únicamente una chica desagradecida que ha escapado del conflicto y ha abandonado a su familia y a su país.

Las Bibesco piensan, acaso con razón, que por suerte para ellas no les voy a sobrevivir. Después de acomodarse colocando decorosamente sus faldas, observan si he hecho algún cambio imperceptible en la disposición de los objetos que adornan esta habitación que no me pertenece, y cuando comprueban que todo sigue exactamente igual, que no se ha movido un ápice del ostentoso moblaje familiar y que únicamente las flores varían entre una visita y otra, esperan pacientes que aparezca mi doncella y les sirva una copita de *tuica*, el licor de ciruelas que se elabora en nuestras tierras, y que debe ser de los pocos productos que extrañamente no se ha agotado en estos años de escasez.

Las malas lenguas explican que la abundancia de éste se debe a que no me gusta en especial y no entienden mi rechazo cotidiano. Y tienen razón. Lo he probado por cortesía en un par de ocasiones. Nada que ver con un buen whisky escocés envejecido en barricas de Jerez, el Macallan que atesoraba mi abuelo materno, para servirlo generosamente a sus invitados, objeto de lujo en esta tierra y en estos tiempos que corren.

—Herencia familiar. —intento justificar mis preferencias.

—Su padre tenía fama de bebedor. —rebate a mis espaldas gente que no lo conoció en ningún momento ni se interesó por su trabajo o sus ideas.

Hasta aquí han llegado noticias de mi afición al alcohol y como en tantas ocasiones no me importan

demasiado los rumores. Quizá beba más de lo habitual, ¿y qué? ¿Acaso acabarían mis problemas de salud si abandonara el coñac o la ginebra que esconde Odette en la maravillosa cómoda lacada del dormitorio, que consigue para mí en el mercado negro y me sirve generosamente cuando lo pido para acompañar el té o antes de dormir para conseguir un sueño reparador?

Sin dejar de mirarme de soslayo por si doy las señales de inquietud o angustia que ellas desearían, abren su libro ortodoxo de rezos leyendo mecánicamente recomendaciones del alma, subiendo el tono de voz para que me entere de la triste liturgia dedicada a los moribundos, en un intento fallido de ayudarme a conectar con el Dios justiciero e incierto que me espera no sé dónde. Ellas ansían para mí un cielo dorado similar a la decoración que nos rodea, con iconos teselados y planos, olor a incienso y guirnaldas de letras griegas. Rávena en el más allá. Tan bello como inútil. Y si no lo desean, al menos creen que hacen méritos espirituales innegables al afanarse en mi salvación eterna. Si hubieran tenido ocasión ya habrían traído a Nicodim I, el actual Patriarca de Bucarest, para convencerme de su Verdad, aunque no sea necesariamente la mía, en su seguridad indiscutible de que en este espacio que para mí carece de memoria de afectos ni abrazos comienza la Eternidad.

—¿De qué Dios dependo? ¿Acaso mi espíritu necesita dueño? —me pregunto en los momentos febriles, cuando mi mente galopa desbocada por delante de mi cuerpo exhausto y veo a una niña angelical y a punto de partirse por la mitad maltratada entre dos credos que tiran de ella con la intención de llevarla a

su parcela del Paraíso. Y vuelvo a la realidad aterrada, porque tengo la certeza de que mi alma sólo desea alcanzar la libertad, y los que me rodean desde mi infancia pretenden asegurarme un propietario.

—¿Por qué se la ha llevado allí mamá? ¿Es que Él no tiene una madre propia? —pregunté cuando se me pidió que me portara especialmente cariñosa con la *nannie* porque su madre se había ido al cielo.

La bajada de Cristo a la tierra era en mi niñez otro enigma para mí.

—Ya sé —le decía a cualquiera de mis hermanastros cuando me asaltaba alguna duda. Él viene a veces por supuesto, en Navidad y todo eso, pero, ¿por qué no lo hace más a menudo?

—Realmente sabemos pocas cosas sobre Dios, ¿verdad? —daba yo la respuesta con otra pregunta, sin darles tiempo a contestar.

Aunque mi relación con Dios comenzó a deteriorarse desde que nací, ha tenido sus altibajos a lo largo de mi vida. Pertenezco por nacimiento a la Iglesia de Inglaterra, y por matrimonio a la ortodoxa en mi opinión mucho más rígida en sus dogmas y encorsestada por añejas tradiciones folklóricas. Ya se encargaron de recordármelo el día de mi boda que fue considerada por la prensa como el acontecimiento del año, duplicando ceremonias tan hermosas como agotadoras e innecesarias. Primero en la Catedral de Santa Sofía con todo el boato oriental que la ocasión requería, vestida con un traje de seda color marfil con cola de terciopelo brocado y un velo de encaje veneciano sujeto por una diadema de perlas, aturdida entre inciensos y coros de voces blancas, repleta la nave tanto de invitados como de curiosos, coronados mi esposo y yo como protagonistas indiscutibles por

el Archimandrita rodeado de diáconos y acólitos, en un rito bellísimo de danza alrededor del altar, pero incomprensible para mí a pesar de los esfuerzos de Antoine por explicármelo. Después algo más íntimo en nuestra Iglesia de St. Margaret, a la sombra de la Abadía de Wetminster junto al Parlamento, acompañada hasta el altar por mi padre, rodeada de uniformes y medallas, con la reina Mary elegantísima y cercana.

Al terminar el día, una vez registrado el matrimonio en los protocolos correspondientes, ya era Princesa Bibesco, (*née* Asquith) para las notas de sociedad.

